



Economía y empresa después de la tormenta

Juan María Nin, vicepresidente ejecutivo de La Caixa.

La clave para superar los tempestuosos tiempos actuales es persistir en esta línea, es decir, potenciar la inversión orientada a los mercados mundiales, adaptar los mercados de productos y de trabajo a las condiciones de cada momento y elevar la calidad y la excelencia del tejido productivo.

Sin duda, la economía mundial está atravesando la peor crisis desde la Segunda Guerra Mundial. A diferencia de crisis anteriores, esta se caracteriza por su carácter global y sincronizado, ya que afecta simultáneamente a un gran número de países. Otro agravante es que su desencadenante fue una crisis financiera que se fue extendiendo a prácticamente todos los países de un modo u otro. Un canal importante de transmisión de la crisis ha sido la contracción súbita del comercio internacional a finales del 2008. En el trasfondo de esta situación se halla el agotamiento de un modelo de crecimiento mundial que se manifestaba en importantes desequilibrios, como los elevados déficits por cuenta corriente de numerosos países, y que se fundamentaba en una larga etapa de laxitud monetaria que relajó las exigencias de control del riesgo. En cualquier caso, lo cierto es que el doble carácter de la crisis, real y financiera, confiere al escenario económico una gravedad insólita.

En España, la crisis tiene sus propias características. Veníamos de una

prolongada etapa expansiva, en la que los avances de las rentas y el aumento del empleo despertaron una justificada admiración. No obstante, antes de que estallara la crisis económica mundial, ya éramos conscientes de la necesidad de un cambio de modelo económico ante el lento avance de la productividad y la excesiva dependencia del sector inmobiliario. Y, justo cuando el sector inmobiliario había entrado en una fase de moderación, el colapso de los mercados financieros precipitó un ajuste extremadamente violento en él, que por sí solo ha provocado la mitad del desempleo generado en España en el último año.

Por si esto fuera poco, la recesión en la Unión Europea está siendo mucho más intensa de lo previsto, de manera que el frenazo de la demanda de nuestro mercado natural de exportación ha tenido un duro impacto en la industria, otro sector que se ha visto obligado a realizar un notable ajuste de plantillas.

Oportunidad en el peligro

Ante esta situación, puede entenderse el pesimismo imperante en muchos

ámbitos de la vida pública y empresarial. A pesar de todo, deberíamos recordar aquella máxima de Winston Churchill que decía que «el optimista ve una oportunidad en cada peligro, mientras que el pesimista ve un peligro en cada oportunidad». Creo que hay motivos para ser optimistas, siempre y cuando seamos conscientes de la tarea que tenemos por delante y consecuentes con los trabajos que debemos emprender.

Esta convicción se asienta en el hecho de que, además de los excesos que todos conocemos, en estos años expansivos, la economía española ha avanzado en muchos terrenos relevantes. Así, la inversión en bienes de equipo y en tecnología progresó a ritmos muy elevados, que han incrementado de forma importante la base productiva. El intenso flujo de inmigración ha proporcionado una importante diversificación al mercado laboral, que ahora es más flexible y adaptable que antes. También han aumentado la apertura y la integración de la economía española en el entramado productivo internacional. El papel de las empresas

La mejora de la educación es imprescindible para el mantenimiento y el aumento del nivel de vida de la población, ya que esto exigirá cada vez más centrarse en sectores con un mayor valor añadido.

españolas en el exterior, lenta pero ineluctablemente, ha alcanzado cotas impresionantes.

La clave para superar los tempestuosos tiempos actuales es persistir en esta línea, es decir, potenciar la inversión orientada a los mercados mundiales, adaptar los mercados de productos y de trabajo a las condiciones de cada momento y elevar la calidad y la excelencia del tejido productivo. No obstante, para llegar a buen puerto es necesario profundizar en el camino de las reformas. Cinco ámbitos merecen, en mi opinión, una atención especial.

Ámbitos de reforma

En primer lugar, el marco institucional, sin duda trascendental para el desarrollo económico. Aunque se han registrado mejoras, se debe seguir avanzando en la modernización y agilización de la administración de justicia. En efecto, la seguridad jurídica es básica para que exista la confianza que requiere un funcionamiento económico eficiente. También es importante que se facilite en mayor grado la creación de empresas, condición necesaria para

superar la crisis y absorber el alto índice de desempleo.

Segundo, se impone una reforma de la educación para elevar su nivel y adecuarla a las necesidades productivas. Recientes informes internacionales de evaluación de la calidad de nuestro sistema educativo sugieren que es necesario tomar medidas para que no se produzca un retroceso en comparación con los países más avanzados. Además, hay evidentes desajustes entre la oferta y la demanda de puestos de trabajo. A este respecto, pienso que se debería potenciar la formación profesional, mejorándola en todos los aspectos y acomodándola a la demanda del mercado laboral. Esta mejora de la educación es imprescindible para el mantenimiento y el aumento del nivel de vida de la población, puesto que esto exigirá cada vez más centrarse en sectores con un mayor valor añadido. Y, para ello, hará falta contar con recursos humanos cada vez más cualificados.

En tercer lugar, para afrontar la elevada tasa de desempleo actual y

dado que no es posible una devaluación a diferencia de anteriores crisis, se puede reducir el coste del factor trabajo recortando las cotizaciones a la Seguridad Social para las empresas. Una rebaja del Impuesto sobre Sociedades también podría contribuir a mejorar la competitividad de nuestras empresas.

El cuarto elemento es contar con unas infraestructuras adecuadas. El avance en este sector clave ha sido indiscutible en los últimos años, pero ahora que estamos en tiempos de crisis existe el riesgo de que se relaje la inversión en este campo, esencial para preparar un relanzamiento económico sólido. Cabe mejorar las infraestructuras de transporte, especialmente las internacionales, por carretera, ferrocarril y avión.

Otro punto clave son las infraestructuras de telecomunicaciones, que han experimentado grandes avances y cuya modernización no se debe frenar. Las infraestructuras energéticas son también básicas. Una buena planificación de estas es



imprescindible para evitar cuellos de botella una vez que la recuperación esté en marcha. El problema de la composición entre las diferentes clases de energía presenta incertidumbres, pero habrá que adoptar alguna resolución. De todos modos, quizá fuera conveniente que se hiciera dentro del marco del mercado energético europeo, en coordinación con nuestros socios comunitarios, para lograr sinergias.

Y, por último, hay que señalar que la mejora de la productividad pasa por un mayor esfuerzo en la inversión en I+D+i, pero, sobre todo, hay que conseguir que los logros de la I+D+i se transmitan a todo el tejido productivo y se plasmen en nuevos productos y servicios. En definitiva, hay que progresar hacia la sociedad del conocimiento, en la que la innovación y la creatividad serán imprescindibles. No obstante, esto no significa que se deba prescindir de los sectores tradicionales. Efectivamente, existen sectores en los que tenemos ventajas comparativas indudables, como el turismo, y que hay que seguir potenciando o desarrollando. Sin

embargo, estos sectores tradicionales pueden requerir una renovación o una modernización para adaptarse a la demanda.

Redoblar esfuerzos

Hasta ahora no me he referido al sistema financiero, ya que aquí, dado el carácter de la crisis, deberán instrumentarse medidas a escala internacional. Es evidente que en la mayoría de los países será necesario reforzar la regulación para que se eliminen determinados incentivos que llevaron a un exceso de riesgo. En España, sin embargo, la regulación bancaria ha sido más estricta que en otros países, por lo que estos ajustes probablemente serán menores.

Para conseguir que la economía española supere esta etapa de crisis y reemprenda una senda de expansión sostenida, creo que es clave redoblar esfuerzos por conseguir una mayor excelencia; de este modo lograremos ser más competitivos y asumiremos con más rapidez nuestros objetivos.

En definitiva, creo que se puede mantener una visión optimista para la

España del 2012. Si trabajamos coordinadamente las Administraciones Públicas, los agentes sociales y el sector privado, estoy convencido de que saldremos de la crisis con unas bases más sólidas que permitan continuar avanzando hacia nuevos y ambiciosos desafíos.